

Lo que ha sido, lo que fue y lo que será

PAOLA LO CASCIO

Es difícil hacer previsiones en torno al futuro de la gobernabilidad en Cataluña, ya que a pesar de que las urnas han arrojado un clarísimo ganador y dos mayorías posibles —una mayoría de izquierdas o un pacto entre el Partido de los Socialistas de Catalunya (PSC) y Junts—, su concreción dependerá más de cuestiones cualitativas —o de clima político, si se quiere— que aritméticas. Pero los escenarios de acuerdos quedan aún lejos. Hay elecciones europeas por delante y las primeras declaraciones de los partidos —a falta de sorpresas— auguran una resolución de las incógnitas de la gobernabilidad que se demorará en el tiempo, al menos hasta la elección de la Presidencia del Parlament. Sin embargo, hay algunas consideraciones que, datos a la mano y con un poco de retrospectiva histórica, se pueden avanzar.

La primera de ellas es que por primera vez desde 1984 en unas elecciones autonómicas en Cataluña las opciones nacionalistas (en la variedad de morfologías partidistas de sus propuestas) han reducido su perímetro. Entre la mitad de los años ochenta y la mitad de la década siguiente, el voto nacionalista se movió entre el 51% y el 54%. En 1999 —año en el cual Pasqual Maragall ganó las elecciones en votos, pero en el que Jordi Pujol seguiría gobernando con el apoyo del Partido Popular— se produciría un cambio de tendencia que haría recular el voto nacionalista hasta el 46%, un nivel que se mantendría durante todos los años del gobierno catalanista y de izquierdas.

En los años álgidos del *procés* y hasta hace tres años, el porcentaje volvió a subir un poco, gracias también a la incorporación de la Candidatura de Unidad Popular (CUP), oscilando entre el 49% de 2012, el 48% de 2015, el 47% de 2017 y el 48% de 2021. El domingo pasado, y teniendo en cuenta también los resultados de Aliança Catalana, el voto nacionalista se detuvo en un 43%.

La segunda consideración atañe a las hegemonías internas de este mismo voto nacionalista a lo largo del tiempo. Su com-

posición interna entre 1984 y 2003 fue claramente decantada hacia el nacionalismo conservador de *Convergència i Unió* (CiU), con porcentajes estelares. Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) aparecería en el mapa por encima del 10% solo a partir de las primeras elecciones catalanas del nuevo milenio, rebasando el 16%. Los republicanos pagarían cara su experiencia de gobierno a la izquierda en las elecciones de 2010, cuando retrocederían a poco más de 7%.

Más repartida estuvo la representación en los años del *procés*, cuando el empuje de los republicanos y la aparición de la CUP provocarían verdadero pánico para el mundo del nacionalismo pospujolista (de ahí la candidatura única con ERC en

El ‘procés’ fue una lucha por la hegemonía sobre un proyecto nacionalista cuyo espacio ha encogido

2015). Sin embargo, el domingo pasado se asistió a una reconfiguración de los equilibrios internos: Esquerra pasaría de un 20% de 2021 a poco más del 13%, la CUP se despeñaría bajando a poco más del 4%, mientras que los herederos de *Convergència* —como el mismo Pujol se encargó de recordar en su vídeo de apoyo a Puigdemont justo hace pocos días, en el que aparecía en el fondo una imagen del símbolo

de su antiguo partido— habrían alcanzado prácticamente el 22%, que resulta ser más de la suma de todas las otras opciones nacionalistas catalanas —incluyendo la ultraderecha de Aliança— en liza.

Todo ello lleva a una tercera consideración, que tiene que ver con la pregunta que muchos medios —dentro y fuera de Cataluña— se están haciendo en estos días, y que atañe a si las elecciones del pasado domingo han acabado con el *procés* o no. Una parte de la respuesta a esta pregunta es harto evidente: a pesar de las retóricas inflamadas, en esta campaña a duras penas se habló de referéndum, y aún menos de independencia.

La otra parte de la respuesta es un poco más compleja y tiene que ver quizás con la misma pregunta, o en otras palabras con lo que fue, ha sido y es hoy el *procés*. Porque en diferentes fases y para diferentes sectores fue, ha sido y es muchas cosas: una manifestación de malestar delante de la herida provocada por la sentencia del Constitucional de 2010, una movilización de las clases medias espantadas delante de la crisis económica que se conjugó apelando a la identidad nacional, un órdago institucional acompañado por una parte muy significativa de la opinión pública catalana, una forma de subrayar las carencias del estado actual de las cosas, un estremecimiento del sistema político catalán. Para unos un sueño, para otros una pesadilla, y para otros más, una manera exitosa de poner un debate identitario en el medio para entorpecer una dinámica de cambio empezada a partir del 15-M.

Pero seguramente también fue, ha sido y es una batalla por la hegemonía de un espacio político y electoral que ha pretendido definir lo que se entiende por proyecto nacional en Cataluña. Con los datos que tenemos hoy, se puede decir que el espacio se ha encogido. Y, por otra parte, dentro de ese espacio, la hegemonía interna en la definición del proyecto parece haber vuelto a manos de quienes consiguieron significarlo hace 40 años.

Paola Lo Cascio es historiadora y politóloga.

RIKI BLANCO



DELIA RODRÍGUEZ

Que coman pasteles

Esta semana se ha hablado sobre tres películas.

Las dos primeras son *Los juegos del hambre* —una saga, en realidad— y *María Antonieta*, de Sofia Coppola. Ambas han inspirado una pequeña revolución en redes que comenzó cuando la *influencer* Haley Kalil subió un vídeo, vestida con la opulencia de la reina francesa, interpretando el momento de la cinta donde se dice el infausto “que coman pasteles” atribuido falsamente a la monarca tras ser informada del hambre de su pueblo. Fue grabado a las puertas de la Gala del Met, donde sucedía un espectáculo desbordado de fama y riqueza extremas, mientras a unos metros, en la calle, se protestaba contra el genocidio de Gaza. La generación Z

no ha podido más y ha empezado a dejar de seguir en masa tanto a la autora del vídeo como a las celebridades que no se han pronunciado sobre el conflicto. Comparan la situación con *Los juegos del hambre*, donde una élite vive al margen de la dramática realidad del resto. La tercera película es *Her*, de Spike Jonze, donde Scarlett Johansson es la voz de una inteligencia artificial que rompe el corazón de su dueño. Se habla de ella porque Open AI ha presentado una actualización de ChatGPT capaz de conversar en tiempo real. La voz de los vídeos de lanzamiento es similar a la de la actriz, y a veces susurra y flirtea. Altman anunció el avance en X escribiendo tan solo “Her”.

¿Cómo es posible tal clarividencia del cine? La teoría de la conspiración del sem-

brado de ideas y el “primado negativo” dice que quienes mueven los hilos avanzan lo que nos espera vía Hollywood para que cuando llegue nos parezca plausible. Es todo más sencillo: *María Antonieta* habla del presente, no del pasado; y el objetivo de *Los juegos del hambre*, *Her* y buena parte de la ciencia ficción no consiste en predecir el futuro, sino en criticar el momento. No recordamos las obras fallidas, pero las que aciertan crean unas expectativas sociales a las que no son ajenos quienes las recogen y devuelven al inconsciente colectivo.

En los dos casos de los que estamos tratando puede que no haya ni rastro de profecías autocumplidas. Sobre la revolución contra los *influencers*, me acuerdo de lo que Carrère escribió en *Yoga* sobre el poder de los relatos fantásticos de la adolescencia: “No he olvidado ninguno. ¿Por qué me gustan tanto? ¿Por qué me llegan tan intensamente? ¿Por qué es el género de historias que me ayudan a comprender las mías?”. Pero tiene razón Sara Riveiro en X cuando dice que hay que “aprender a

empatizar con la gente sin que os recuerden a personajes de libros juveniles”. Sobre ChatGPT y *Her*, algo me hace sospechar. Esa película no acaba bien, como advierte Brian Barret en *Wired*, que pide a los señores tecnológicos que vean hasta el final las obras que les inspiran. ¿Por qué querria una parte interesada como Sam Altman usar una distopía como utopía? Una explicación puede ser la estupidez humana, o la falta de cultura real de las élites de Silicon Valley. Otra, que al exaltar sus riesgos quieran magnificar también sus habilidades: si ChatGPT es tan peligroso como Scarlett Johansson, debe ser impresionante. Es la misma técnica que utilizó cuando recorrió el mundo advirtiendo de que su producto podía destruir la humanidad. Ambos riesgos potenciales existen (enamorarse de una IA! ¡Acabar con la humanidad!), pero lo peligroso de verdad son los terribles errores que dejamos cometer en el presente a un producto inmaduro, dejándonos confundir por puro *marketing* disfrazado de narrativa.